

**SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DE LA VIRGEN MARÍA**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**8 de septiembre de 2017**  
**Miq 5, 1-4; Rom 8, 28-30; Mt, 1-16.18-23**

El profeta Miqueas, hermanos y hermanas, nos ha descrito la situación que experimentaban los hombres y mujeres del pueblo de la primera alianza, en el s. VI antes de Cristo: *los entregará hasta que dé a luz la que debe dar a luz*. No les dice cuando vendrá esta madre ni quién será. Pasaban los reyes, pasaban las generaciones, y esa madre no aparecía. Y la sensación de abandono aumentaba. Las palabras del profeta, con todo, dejaban claro que este hijo sería de la familia real de Judá, y por tanto, de la descendencia de David. Deberán tener esperanza y esto durante unos trescientos años, a lo largo de varias generaciones, por lo tanto. Casi la mitad de la lista de nombres de la genealogía de Jesús que hemos escuchado en el evangelio. Porque Miqueas ejerció su ministerio profético en tiempos del rey Acáz.

Los tendrá abandonados, (*los entregará*), decía el profeta; no en el sentido de que Dios se desentendiera de su pueblo o de la humanidad entera, sino en el de que Dios esperaba llevar a cabo su plan debido a la infidelidad del pueblo. No es extraño, pues, que la oración insistente de aquellos creyentes reanudara la súplica de los salmos: *pastor de Israel, escúchanos; Despierta tu poder y ven a salvarnos* (Sal 79, 1.3); *habíais jurado a David: te he creado para siempre una dinastía, mantendré para siempre tu trono; [...] pero ahora lo abandonas y el rechazas. [...] ¿Hasta cuándo, Señor estará escondido? (Sal 88, 5.39.47); ¡Despiértate, Señor! ¿Por qué duermes? [...] ¿Por qué nos escondes la mirada? Despiértate* (Sal 43, 24-25). No sólo Israel, sino todos los pueblos querían liberarse de las tinieblas que los cubrían y ser iluminados por la luz divina (cf. Is 60, 1-3). Toda la humanidad deseaba, de una manera consciente o no, la venida liberadora de aquel *hijo* y, por tanto, que apareciera primero aquella *madre* (cf. Antífona mayor de las vísperas del 22 de diciembre).

¿Cuándo vendría la *madre* cuyo *hijo* pondría fin al abandono en que Dios los tenía? Esta *madre* vino, no en medio de estallidos extraordinarios, sino en la sencillez de una familia llena de fe y de esperanza. Hoy celebramos su nacimiento. Toda la Iglesia, de un extremo a otro de la tierra, se alegra del nacimiento de Santa María porque es *la madre* de Jesucristo el Señor; de aquel que, con autoridad divina, *hará de pastor* de todos los hijos de Dios, para hermanarse en *la paz*. Jesús, descendiente de David a través de José, tal como hemos oído en el evangelio, recibió el *trono de David* en una realeza humilde, despojada de todo poder temporal, pero con un *reinado que no tendrá fin* y que abarcará toda la humanidad (Lc 1, 32-33).

Celebramos, pues, el nacimiento de Santa María. Aquella que ha llevado la bendición a todo el mundo al poner en el mundo al Hijo de Dios hecho hombre. Ella, por su parte, no ha sido un instrumento pasivo sino que ha colaborado intensamente con todo su dinamismo espiritual a la obra de la encarnación. Por eso hoy proclamamos dichosa a aquella que debía llevar en sus "entrañas el Hijo del eterno Padre". La importancia del nacimiento de aquella niña pasó desapercibido a los ojos de la gente, pero no a los de Dios. Dios, que es rico en el amor, la había hecho llena de gracia desde los inicios de su existencia, antes de que ella tuviera capacidad de conocimiento. Después, el pueblo cristiano fue descubriendo la importancia y la grandeza de María y comenzó a alabar a Dios por su nacimiento porque era el inicio de la salvación de la humanidad que Jesucristo llevaría a cabo.

A medida que fue creciendo, María fue correspondiendo a la gracia excepcional que había recibido de Dios. Fue aprendiendo las exigencias del amor oblativo que lleva a servir, a vivir para los demás. En el caso de ella, además, a vivir toda entregada a la

persona y a la misión de Jesucristo, desde que lo concibió en sus entrañas hasta el final de su vida en la tierra cuando lo testimoniaba en la Iglesia naciente de Jerusalén. Aceptando ser *madre* del Hijo de Dios, para que como hombre compartiera nuestra existencia, había aceptado una vocación que ella no había elegido, pero que había acogido con todo el amor y con toda la disponibilidad para responder al plan de Dios y contribuir a la redención de la humanidad. Se lo tenemos que agradecer y la hemos de tomar como modelo de nuestra entrega a los demás.

El *Hijo* de esta *madre*, decía el profeta, traerá *la paz* porque él mismo *será la paz*. Y anunciaba que esta obra pacificadora serviría para unir a *los hermanos* de un mismo *pueblo* que se habían separado. Todos tomarían a este *Hijo*, por *pastor*, por guía, por dirigente del pueblo de la Alianza. Esta es la obra que ha hecho Jesucristo y que la Iglesia, ayudada por él, sigue haciendo en el mundo. Obrando la *paz*, trabajando a favor de la justicia y de la fraternidad en el seno de cada *pueblo* y entre todos los pueblos. Obrando la *paz*, también, en el interior de las personas, inculcando la palabra del Evangelio y mostrando el rostro misericordioso de Dios.

Celebremos con alegría la Fiesta Mayor de Montserrat, puesto desde sus inicios del s. XI bajo el patrocinio de la Natividad de la Virgen. Y dispongámonos a acoger, en el sacramento de la Eucaristía, al Príncipe de la *paz*, Jesucristo, fruto bendito de las entrañas de Santa María, poniéndonos así bajo su guía de *buen pastor*.